

El estado de Cristo glorioso, según los escritos de San Pablo.

(Conclusión.)

IV

TRANSFORMACIÓN DEL CUERPO DE CRISTO EN LA RESURRECCIÓN

Para formarnos una idea, lo más exacta posible, de lo que piensa San Pablo sobre la transformación del cuerpo glorioso de Cristo, distinguiremos tres puntos: 1.º, el hecho de la transformación; 2.º, el modo cómo se verificó, y 3.º, los efectos que produjo en el cuerpo de Cristo. En este párrafo trataremos de los dos primeros, y el tercero lo dejaremos para exponerlo en párrafo aparte.

1.º *El hecho.*—Fundados en el principio, antes establecido (1), de que todo cuanto enseña el Apóstol sobre la resurrección de los fieles debe también entenderse de la resurrección de Cristo, podemos afirmar que la realidad de esta transformación es una de las verdades más claramente enseñadas por San Pablo. Bastará traer algunos textos que no necesitan comentario.

La célebre comparación de la semilla (2), en la que el grano arrojado en la tierra representa al cadáver puesto en el sepulcro, y la planta, que del grano procede, al cuerpo glorioso de los fieles, ninguna otra idea hace resaltar con más fuerza que la transformación maravillosa que ha de tener lugar en el gran acontecimiento de la resurrección de la carne.

Pocos versículos después, dejadas ya a un lado las comparaciones y metáforas, se afirma el mismo hecho con estas categóricas pala-

(1) Cfr. ESTUDIOS ECLESIASTICOS, abril, 1926, pág. 146.

(2) XV, 35-38.

bras: *No todos moriremos; pero todos seremos transformados* (1). Va hablando San Pablo de los justos que son de Cristo y que serán un día glorificados con Cristo, y de ellos dice que, aunque no todos morirán, todos tienen que sufrir una transformación que cambiará de todo en todo la manera de ser de sus cuerpos. Y para que no quepa duda de la realidad de esta transformación, describe en seguida sus efectos, como expondremos más abajo.

Este mismo hecho de la transformación está implícitamente afirmado por el Apóstol bajo las imágenes de la *casa eterna* que tenemos reservada en el cielo para sustituir la *morada pasajera* de este cuerpo que se desmorona y del *vestido* de gloria que anhelamos recibir sin ser despojados de la pobreza de esta carne mortal (2). Para no multiplicar superfluamente las pruebas en una cosa tan evidente, baste decir que San Pablo considera tan necesaria la transformación gloriosa de los justos que, sin ella, no es posible tener parte en la herencia del reino de Dios (3).

(1) I Cor., XV, 51. Este es uno de los pasajes en que aparece más rudo el contraste y más palmariamente la diferencia entre el texto griego generalmente recibido y la traducción de nuestra Vulgata latina.

Dice el texto griego:

πάντες οὐ κοιμηθήσόμεθα, πάντες δε ἀλλαγήσόμεθα.

Dice la Vulgata latina:

Omnes quidem resurgemus, sed non omnes immutabimur.

La Vulgata entiende el sujeto de la oración *omnes* de todos los hombres, buenos y malos; y en ese sentido se puede afirmar que todos resucitaremos, como se puede afirmar que todos moriremos; pero sería falso decir que todos alcanzarán la transformación gloriosa de que habla el Apóstol. La doctrina, pues, contenida en la Vulgata es cierta y conforme a lo enseñado repetidamente en los sagrados libros. El texto griego, por el contrario, limita el sujeto πάντες, a *solos los justos*, de los cuales trata exclusivamente San Pablo en todo este pasaje; y de solos los justos se dice que *no todos morirán, pero que todos serán transformados*. *No todos morirán*, porque parece claro que en las perspectivas escatológicas de San Pablo entra, no sólo la posibilidad, sino también la realidad de que todos o parte, al menos, de los justos que vivirán en los últimos tiempos, paven de la vida mortal a la inmortal y gloriosa, sin gustar la muerte (Cfr. I Cor., XV, 51-52; 2 Cor., V, 2-4; I Thes., IV, 15-16). *Pero todos serán transformados*, porque para entrar en el reino de Dios es necesario revestirse de inmortalidad. Es, pues, también conforme a la doctrina del Apóstol lo que enseña el texto griego.

Puestos a elegir entre la lección de la Vulgata o la del texto griego, los modernos prefieren, generalmente, con razón, esta segunda, por tener en su favor la casi totalidad de los códices y versiones antiguas y estar más en armonía con todo el contexto. Cornely resume los argumentos que demuestran la genuinidad del texto griego, y concluye que su redacción puede considerarse como ciertamente auténtica (In I Cor., págs. 506-509). Del mismo sentir es Prat (*Theologie de S. Paul*, vol. I, p. 166).

(2) 2 Cor., V, 2-4.

(3) I Cor., XV, 50, 53.

2.º *El modo.*—Cuanto es cierto el hecho tanto es oscuro y misterioso el modo cómo ha de realizarse. De labios de los Corintios parece recoger el Apóstol esta objeción, que ellos ponían contra la posibilidad de la resurrección: *¿Cómo resucitan los muertos?* Pero en vez de contestar directamente, declarando el misterio sobrenatural, les obliga a reconocer en silencio que puede Dios hacer lo que ellos no pueden alcanzar, con sólo recordarles un hecho que veían realizarse delante de sus ojos, aunque desconociesen absolutamente el modo cómo se realizaba. El hombre arroja en la tierra un grano; este grano, para germinar, tiene que corromperse, y después de corrompido y muerto, al parecer, es cuando se convierte en una planta tan diferente de la semilla primera. ¿Cómo se ha verificado toda esa evolución maravillosa? A los fieles debe bastarles con saber que Dios, que es poderoso para llevarla a cabo, podrá también sacar nuestros cuerpos transformados del sepulcro (1).

Sin embargo, el Apóstol quiso descorrer un poco la punta del velo y dar algunas indicaciones que nos permiten rastrear el modo cómo se presentaba a los ojos de su espíritu esta transformación. Y lo primero que se hace notar es la extraordinaria rapidez con que será llevada a cabo. Parece que San Pablo quiere agotar su rico vocabulario para expresarla: *En un momento indivisible, dice, en un abrir y cerrar de ojos, en lo que dure el sonido de la última trompeta: porque tocará la trompeta y los muertos se levantarán incorruptibles y nosotros* (los justos que se hallen vivos entonces) *seremos transformados* (2). Las últimas palabras, no sólo significan que el sonido de la trompeta será la señal para la transformación, sino también la absoluta simultaneidad de ambos hechos; sonar la trompeta y aparecer resucitados los muertos y transformados los vivos, será obra de un solo y mismo instante.

La acción por medio de la cual se consumará la transformación gloriosa, la expresó San Pablo repetidamente por una imagen familiar que merece nuestra atención. Unas veces parece que concibe el estado del cuerpo corruptible como una desnudez que ha de cubrirse con el manto de la incorruptibilidad y de la inmortalidad para entrar en el reino de Dios (3). Según esto, la transformación consistiría

(1) I Cor., XV, 35-38.

(2) Cor., XV, 52.

(3) I Cor., XV, 53-54.

simplemente en cubrir la desnudez natural con aquel manto de gloria. Pero en otro lugar expresa más plenamente su pensamiento, y da a entender que el cuerpo corruptible es un vestido de que nos despoja la muerte; de manera que el temor a la muerte no es otra cosa que el temor de ser despojados del pobre vestido de nuestro cuerpo. El cuerpo glorioso, en cambio, es un vestido celestial que Dios nos tiene preparado.

Los justos que mueran antes de la resurrección final, como se hallan despojados de su vestidura corruptible, recibirán al resucitar la vestidura de gloria, que no es sino la vestidura corruptible transformada; pero los que se hallen aún vivos en aquel día, sobre la pobreza del vestido viejo, recibirán la gloria, que será a modo de una virtud transformadora que en un momento consumirá la corruptibilidad natural del cuerpo y lo parará glorioso e inmortal, sin que por eso deje de ser sustancialmente lo que era (1). Esto último es lo que el Apóstol ardientemente deseaba, según lo confesó él mismo con aquella frase que es como un grito de angustia salido de lo más profundo de nuestra naturaleza: *Los que habitamos en la morada pasajera de este cuerpo suspiramos oprimidos, porque no queremos ser despojados del cuerpo mortal, sino recibir sobre él el vestido de gloria, a fin de que lo que es mortal sea absorbido por la vida.*

En estas últimas palabras está expresada con un término sumamente gráfico la acción transformadora de la resurrección; representa San Pablo a la gloria como una vestidura que, al mismo tiempo, es vida, pero vida de una actividad tan potente que puede tragar, devorar y consumir (2) todo cuanto hay en nuestro cuerpo de mortal y perecedero para dejarle dotado de vida incorruptible e inmortal.

Para aplicar a Jesucristo lo que San Pablo enseña sobre la acción transformadora de la resurrección hemos de tener en cuenta que el Salvador, al ser resucitado, no pertenecía propiamente a ninguno de los dos grupos en que divide San Pablo los que han de ser glorificados por la resurrección. No podía contarse entre los muertos que se corrompen en la tumba, porque el cuerpo de Jesucristo ni conoció ni pudo conocer la corrupción (3); tampoco podía contarse entre los vi-

(1) 2 Cor., V, 2-4.

(2) Todo esto expresa la palabra griega καταποθῆναι, aoristo pasivo de καταπίνω, que significa tragar al beber, devorar, absorber...

(3) Act. Apost., XIII, 37.

vos, que pasarán inmediatamente de la vida mortal a la inmortal, sin gustar la muerte, porque Jesucristo, verdaderamente, había muerto. Participaba, sin embargo, de la suerte de los primeros, pues, como ellos, tenía que ser tornado a la vida, y participaba también de la suerte de los segundos, pues, para resucitar, no tenía que ser libertado de la corrupción común a los demás cadáveres humanos, ni mucho menos necesitaba que fuesen de nuevo reunidas las partes que en vida constituían su cuerpo, como tendrán que serlo para la mayoría de los mortales.

Esto supuesto, podemos representarnos la resurrección de Jesucristo, conforme a las indicaciones de San Pablo, en esta forma: cuando llegó el momento designado por la divina providencia, uniéndose al cuerpo que yacía muerto en el sepulcro su alma gloriosa, y viniendo sobre el cuerpo así informado, el poder divino le envolvió como un manto de gloria de incomparable virtud, que consumió cuanto halló en él de corruptible y percedero y le transformó en inmortal y glorioso. Y todo esto con tanta prontitud y rapidez como sólo es posible a la mano omnipotente de Dios (1).

V

EFFECTOS DE LA TRANSFORMACIÓN EN EL CUERPO DE CRISTO

En la epístola a los Filipenses dice San Pablo que los fieles esperan a Cristo Salvador, que vendrá del cielo y *transformará su cuerpo* miserable para hacerlo *conforme al* CUERPO DE SU GLORIA (2).—Esta es la mejor definición del cuerpo de Cristo después de resucitado: *es el cuerpo de su gloria*; es decir, que es su mismo cuerpo en un estado cual corresponde a la gloria y excelencia del Hijo de Dios, colocado ya, como tal, en el trono de su Majestad. Vale la pena que procuremos conocer más en concreto las propiedades del cuerpo en este estado, siguiendo las enseñanzas de San Pablo. Para ello tenemos aquí también dos caminos: el primero es examinar las propiedades

(1) En los escritos de San Pablo siempre se atribuye la resurrección de Cristo, como a causa eficiente, a la virtud divina del Eterno Padre. Son muchísimos los pasajes con que puede confirmarse esta verdad; véanse, por ejemplo: Act. Ap., XIII, 30; XVII, 31; Rom., IV, 24; VIII, 11; I Cor., VI, 14, etc., etc.

(2) Phil., III, 20-21.

que atribuye al cuerpo resucitado de los fieles, todas las cuales se hallan con mucha más excelencia en Cristo, y el segundo ver en particular lo que dice del mismo Cristo cuando lo considera en su gloria.

La gloria del cuerpo resucitado de los fieles la sintetiza con admirable fuerza el Apóstol en cuatro excelencias que contrapone a otras cuatro miserias, en las cuales se condensa toda la ruindad del cuerpo humano en su estado mortal. Es el clásico pasaje de la epístola primera a los Corintios (1) copiado ya más arriba para probar la identidad del cuerpo glorioso con el cuerpo muerto y colocado en el sepulcro (2).

Nuestro cuerpo durante toda su vida, y de una manera especial al ser puesto exánime en la tumba, es un cuerpo *corruptible* y de hecho viene a parar en la más desoladora descomposición; es un cuerpo *vil*, sujeto en vida, por su misma constitución, a mil innobles necesidades, y después de muerto a la espantosa fealdad cadavérica; es un cuerpo *flaco* y torpe para las operaciones del espíritu e *impotente* para defenderse de sus mismos enemigos, que al fin consuman su destrucción. Y todo esto le viene de ser un cuerpo animal, es decir, de ser o haber sido, no sólo informado por el alma, sino también subordinado a su parte inferior y de un modo especial destinado a su servicio (3). De todo en todo contrarias son las propiedades del cuerpo resucitado. De aquella gloriosa transformación se levantará *revestido de incorruptibilidad* y por tanto, no sólo inmortal, sino también impasible y libre del pernicioso influjo de los elementos exteriores; su antigua vileza y fealdad se trocará en *excelencia y hermosura* que alejará de sí todas las necesidades vergonzosas y le hará digno de honor y veneración; a aquella flaqueza e impotencia sucederá una *fortaleza* y un *vigor* con que, no sólo podrá defenderse de los enemigos, sino también ser un instrumento de maravillosa agilidad para el desarrollo de todas las actividades del alma.

Estas dotes brotarán espontáneamente de su nueva condición de *cuerpo espiritual*, es decir, sometido de una manera especial a

(1) 1 Cor., XV, 42-44.

(2) Cfr. ESTUDIOS ECLESIASTICOS, abril, 1924, pág. 146. Véase la nota 2.^a de la misma pág.

(3) La ψυχή en cuanto opuesta al πνεῦμα, significa el principio de la vida vegetativa y sensitiva en el hombre, así como el πνεῦμα significa el principio de la vida racional y a veces, como en el pasaje presente (1 Cor. XV, 44), el asiento de los dones sobrenaturales y de la misma persona del Espíritu Santo.

la parte superior del alma enriquecida por los dones sobrenaturales. Como en el cuerpo mortal es innata la *corruptibilidad*, la *ruindad* y la *flaqueza* precisamente por hallarse informado por la parte inferior del alma y sujeto a su influencia, así por el contrario, en el cuerpo resucitado será connatural la *incorruptibilidad inmortal*, el *esplendor* de la *gloria* y la *fortaleza* superior a todos los elementos sensibles, precisamente porque el alma, bajo su aspecto más excelente, enriquecida por los dones y la presencia del Espíritu Santo, le vivificará, ejercerá en él su poderosa influencia y le hará en todo apto para el desarrollo de su actividad (1).

Si esto que nos enseña San Pablo sobre los efectos transformadores de la resurrección en los cuerpos de los justos lo aplicamos a Jesucristo, si tenemos en cuenta que su alma, no sólo tiene excelencias naturales superiores a las de todos los hombres, sino que es también trono especialísimo del Espíritu Santo y asiento de sus soberanos dones, y advertimos además que Dios al resucitar al Salvador, creaba el ideal supremo que había de servir de ejemplar para la resurrección de cuantos habían de ser glorificados, podremos en alguna manera concebir cuál debía quedar aquel cuerpo privilegiado al salir con nueva vida del sepulcro. Fr. Luis de León se representa el momento en que el alma glorificada comenzó a penetrar en el cuerpo, y describe con su genial elocuencia los efectos que en él produjo. «En el sepulcro, dice, cuando se llegó la sazón..., el alma se lanzó luego en él (el cuerpo), como en conveniente morada, más poderosa y más eficaz que primero. Porque dió licencia a su gloria que descendiese por toda ella y que se comunicase a su cuerpo y que le bañase del todo, con que se apoderó de la carne perfectamente y redujo a su voluntad todas sus obras y le dió condiciones y cualidades de es-

(1) De las cuatro propiedades que señala San Pablo en el cuerpo muerto y resucitado, hemos considerado la última como síntesis de las tres anteriores, o si se quiere, como raíz de donde ellas proceden; la corruptibilidad, la fealdad, la flaqueza del cadáver proceden de su condición de cuerpo animal (*ψυχικόν*); y la incorruptibilidad la gloria y la fortaleza del cuerpo resucitado proceden de su condición de cuerpo espiritual (*πνευματικόν*). Nos induce a entenderlo así la construcción de la frase empleada por el Apóstol, que, al llegar al cuarto miembro, cambia completamente el giro; la índole misma de las cosas, pues los tres primeros miembros se ve que indican cualidades inherentes a cada uno de los estados del cuerpo, mientras que el cuarto parece querer describir la manera de ser íntima del cuerpo en esos estados; y finalmente, el que con esta explicación toda esa serie de frases paralelas y antitéticas tiene más unidad y más fuerza.

píritu; y dejándole perfecto el sentir, le libró del mal padecer; y a cada una de las partes del cuerpo le conservó ella por sí, con perpetuidad no mudable, el ser en que las halló, que es el propio de cada una» (1).

En estas palabras del maestro Fr. Luis de León se alude a otra comparación empleada por el Apóstol, que creemos oportuno poner en este lugar para añadir esta nueva pincelada a la pintura de Cristo glorioso hecha por San Pablo y resolver de camino una dificultad que de ella ha sacado la crítica racionalista. Según la epístola segunda a los Corintios, el cuerpo mortal es *una casa que se desmorona* y que sólo nos sirve como de *tienda de campaña* mientras vivimos de paso en esta tierra; el cuerpo glorioso, en cambio, será un edificio de eterna duración que tenemos en los cielos levantado por la mano de Dios, sin cooperación alguna de los hombres (2). Estuvo, pues, Fr. Luis muy conforme con la manera de concebir de San Pablo, al decir que en la resurrección el alma de Cristo se lanzó en el cuerpo *como en conveniente morada, más poderosa y más eficaz que primero*.

El cuerpo flaco y mortal de Jesús morada fué conveniente a los fines salvadores de su venida al mundo; pero su majestad y su gloria estaban reclamando que, una vez conseguidos aquellos fines, la morada primera caediza se transformase y quedase revestida de la magnificencia e indestructible estabilidad que a su persona y a sus méritos eran debidos (3).

Por extremar el significado de esta comparación y no tener en cuenta lo que el mismo pasaje añade poco después, han caído algunos autores heterodoxos en el error de creer que el Apóstol establece aquí una distinción absoluta entre el cuerpo mortal y el cuerpo resucitado, tanto de los justos, en general, como de Cristo, en particular (4). No negaremos que la interpretación de este célebre pasaje ofrece cierta dificultad; pero nada hay en él que contradiga la doctrina enseñada en diversos lugares de las Epístolas sobre la identidad del cuerpo muerto y resucitado. Más aún; creemos que la difi-

(1) *Nombres de Cristo*, lib. 3.º, I; Madrid, 1885, pág. 307.

(2) 2 Cor., V, 1-4.

(3) Cfr. Ioan, II, 20, donde el mismo Cristo compara su cuerpo a un templo que es destruido al morir y reconstruido al resucitar.

(4) Cfr. W. Bousset, *Der zweite Brief an die Korinter*, pág. 187 y sig.; *Kyrios Christos*, 2ª edic., pág. 63.

cultad desaparece del todo con sólo restringir la comparación a sus justos límites y no empeñarse en ver en ella más de lo que su autor quiso significar. La idea que San Pablo quiere inculcar es que a los trabajos pasajeros que tiene el obrero evangélico en esta vida sucederá un premio eterno y, por lo mismo, a este cuerpo mortal y pasible, que es una tienda de campaña que se desarma, sucederá un cuerpo inmortal y glorioso, como palacio hecho por Dios que permanece para siempre. Es evidente que el cuerpo en estado glorioso se ha de distinguir del mismo cuerpo en estado corruptible, puesto que las propiedades de uno y otro estado son radicalmente distintas; pero no afirma San Pablo que sean dos cuerpos diversos. Su pluma da un paso que nos resulta a nosotros un poco extraño y mezcla la imagen de la casa con la imagen del vestido: *gemimos, dice, por el ardiente deseo que tenemos de SOBREVESTIRNOS NUESTRA HABITACIÓN CELESTE... Los que habitamos en esta tienda gemimos oprimidos, porque no queremos ser despojados, sino sobrevestirnos para que lo que es mortal sea absorbido por la vida* (1).

Aquello de que no queremos ser despojados es el cuerpo mortal; el vestido que queremos recibir sobre él es la gloria inmortal; el efecto que este vestido ha de producir es consumir y absorber todo lo que nuestro cuerpo tiene ahora de mortal y corruptible; y en esta absorción consistirá la transformación de los justos que entren en el estado glorioso sin pasar por la muerte.

Según esta manera de hablar, parece claro que lo que resulta en aquellos bienaventurados, después de recibir el nuevo vestido o la nueva casa celeste, no será un cuerpo distinto enteramente del que tuvieron en su vida mortal, sino que será aquel mismo libre ya de su mortalidad. Ahora bien; si la comparación del edificio, con todas sus circunstancias, no implica que los que, sin morir, serán glorificados, hayan de adquirir en su transformación un cuerpo enteramente nuevo, ¿por qué lo ha de implicar en los que después de muertos y corrompidos resucitarán gloriosamente transformados? Y si no lo implica en sus fieles, ¿por qué lo ha de implicar en el mismo Cristo?

(1) 2 Cor., V, 2-4.

VI

ESPÍRITU VIVIFICADOR Y HOMBRE CELESTE

La imagen más expresiva y completa de Cristo resucitado nos la trazó San Pablo al describirle como nuevo Adán, ejemplar de todos los que han de resucitar gloriosos, y contraponerle al viejo Adán, padre y modelo de todos los hombres en su vida mortal (1).

No abandona el Apóstol el tema que va tratando de la resurrección de los fieles, sino que para acabar de declarar la idea que se había formado de la gloria de los justos parece que echa mano del último y más poderoso recurso, presentando directamente a los ojos de sus lectores la gloria de Cristo, que es el ejemplar primero trazado por la mano de Dios, y decir: «Como El han de ser todos el día de su resurrección». *Qualis coelestis, tales et coelestes* (2).

Esta descripción de Cristo está compendiada en dos rasgos, pero tan comprensivos y profundos que, si llegásemos a penetrar su sentido, nos serían magníficos reveladores de la mente del Apóstol:

El último Adán (fué hecho) *espíritu vivificador*...

El segundo hombre (viene) *del cielo*.

Procede también aquí San Pablo por comparaciones antitéticas y nos lleva a conocer las propiedades del *Nuevo Adán* en su estado glorioso por contraposición a las del primer Adán en su estado natural de corrupción y de muerte (3).

(1) I Cor., XV, 44-49.

(2) I Cor., XV, 48.

(3) La ruín condición del primer Adán y de sus descendientes la atribuye San Pablo en este lugar a la misma constitución de su naturaleza; en otras partes, en cambio, la considera como efecto del pecado cometido en el paraíso (Rom. V, 12 sig.). De estas diferentes maneras de explicar el origen de la muerte y de las demás miserias humanas, han querido concluir ciertos autores heterodoxos que las enseñanzas de San Pablo encierran sobre esta cuestión, como también sobre otras varias, dos teorías opuestas y antinómicas. Pero para quien considere atentamente las cosas, ninguna dificultad especial ofrece el armonizar estas diversas maneras de hablar y de concebir. Por una parte San Pablo conoce y enseña que la naturaleza humana, abandonada a sí misma, produce por sí todas las miserias que en la vida padecemos, y al fin pára en la muerte; pero por otra parte, conocía también los privilegios concedidos en Adán al género humano, en virtud de los cuales estaba libre de la muerte y de las demás flaquezas naturales; y conocía finalmente que todas aquellas prerrogativas le habían sido arrebatadas en castigo de su pecado. Ahora bien; si todas estas cosas le eran conocidas a San Pablo, ¿qué dificultad podía haber en que, según las circunstancias, considerase unas veces nuestra triste condición como fruto espontáneo de nuestra manera de ser y otras como castigo de la culpa? En realidad la naturaleza humana conduce a ese triste estado, si Dios por modo especial no la protege, luego es un estado natural. Con todo, en la providencia preferida por Dios no se daría de hecho tal condición de cosas, si el hombre no hubiera pecado; luego puede tam-

La descripción del primer hombre la toma de la narración del Génesis, según la cual Dios formó primero el cuerpo *del lodo de la tierra*, infundió después en aquella masa de lodo *el soplo de vida* y resultó *un alma viviente* (1). Por ser formado el cuerpo de lodo, llama el Apóstol al primer hombre *terreno* (2) y por estar vivificado por el soplo de vida le llama *alma viviente* (3), es decir, un ser que vive por virtud del alma considerada aquí como principio informativo y constitutivo de la parte inferior vegetativa y sensitiva del hombre.

La imagen de Cristo como contrapuesta a la de Adán, la trazó San Pablo por su cuenta, teniendo presente el texto del Génesis, pero añadiendo por sí mismo los rasgos descriptivos y disponiéndolos libremente para la demostración de su intento.

En primer lugar es indudable que al llamar a Cristo *Espíritu vivificador* y *Hombre del cielo* tiene el Apóstol presente al Salvador en su estado glorioso. Para convencerse de ello basta observar que este hombre celeste es aquel cuya imagen han de llevar los justos después de la resurrección (4), y que, según la teología de San Pablo, el ejemplar de la gloria de los justos es Jesucristo resucitado (5).

Sentado este hecho como fundamento, vamos a analizar las palabras del Apóstol:

Lo primero que dice es que Cristo en su resurrección fué hecho *Espíritu vivificador*. El sentido de esta expresión, sugerida por el citado texto del Génesis, queda determinado por las mismas palabras del Génesis. Adán en su vida mortal fué *alma viviente*, es decir, un ser que vivía por influjo del alma y sometido al servicio del alma considerada en su parte inferior. Por consiguiente, cuando dice

bién decirse que es efecto del pecado. No hay, pues, antinomia de ningún género, sino una doctrina completa que consta de elementos distintos enseñados también en distintas ocasiones por el Apóstol.

(1) Génes., II, 7.

(2) El texto griego de San Pablo usa un epíteto más expresivo (*χοιλιός* = lúteo o hecho de lodo); calificativo que se aplica a todo el hombre por la materia de que está hecho su cuerpo.

(3) *ψυχὴ ζῶσα*, significa a la letra *alma que vive* y de suyo no incluye el cuerpo material; pero es evidente por el contexto, tanto del Génesis como de San Pablo, que por esas palabras se significa el hombre entero. Esta observación deshace por sí sola el error racionalista que niega cuerpo material a Cristo resucitado fundándose en que le llama San Pablo *Espíritu vivificador* (*πνεῦμα ζωοποιόν*). Si todo el hombre compuesto de alma y cuerpo puede ser llamado *alma que vive*, ¿por qué Cristo resucitado, compuesto también de alma y cuerpo glorioso, no ha de poder llamarse *Espíritu que vivifica*?

(4) I Cor., XV, 48.

(5) Phil., III, 20-21; Cfr. etiam, Rom., VIII, 29-30.

San Pablo que Cristo resucitado es *espíritu*, quiere dar a entender que es un ser vivificado por el espíritu y acomodado a las elevadas operaciones del espíritu, o sea del alma considerada según su parte más excelente, y enriquecida, además, por la presencia y los dones del Espíritu Santo (1). Pero San Pablo no dice simplemente que Cristo glorioso es espíritu, sino que es espíritu que *vivifica*; esto es, espíritu que no solamente vive para sí, sino que comunica aliento vital a otros seres para hacerlos participantes de su misma vida.

Que este sea el alcance de las palabras del Apóstol lo prueban a una la significación literal de la expresión, el contexto en que se halla y la más autorizada exposición de los intérpretes. Por lo que se refiere a la expresión en sí, la Vulgata ha traducido toda la fuerza de la palabra original al decir que *novissimus Adan* (factus est) *in spiritum vivificantem*.

Con estas palabras adquiere la idea capital del contexto su mayor relieve. Para dar a conocer la condición del hombre mortal y del hombre glorioso, o más concretamente aún, del cuerpo muerto y del cuerpo resucitado, presenta el Apóstol a Adán y a Cristo como principio y cabeza de quien sucesivamente proceden los justos; de Adán, terreno y animal (psíquico), proceden en su condición de terrenos y animales y, por tanto, mortales y corruptibles; de Cristo, celeste y espiritual, proceden en su estado de espirituales y, por tanto, inmortales e incorruptibles. Adán fué, sin duda, el instrumento de que Dios se valió para comunicar la vida al hombre psíquico o animal; pero esta vida, pobre en sí y condenada a perecer, no le pareció a San Pablo que era bastante para que el padre de quien la recibimos se llamase *vivificador*, sino solo *viviente*; y esto para sí, pues para los demás fué padre y autor de la muerte que nos hizo a todos morir en sí mismo (2). En cambio, el segundo Adán, cabeza y principio de los justos, como comunica una vida que de suyo no muere, sino que está destinada a la inmortalidad gloriosa, pudo con toda verdad llamarse *vivificador* y fuente perenne de vida.

Toda esta explicación la resumió clara y concisamente Santo Tomás en su comentario por estas palabras: «Cum anima non possit nisi proprium corpus vivificare, ideo Adam factus est in animam non vivi-

(1) Cfr. Zorell, que resume bastante bien los diversos sentidos de las palabras πνεῦμα y πνευματικός.

(2) I Cor., XV, 22.

ficantem, sed viventem tantum; sed Christus factus est in Spiritum viventem et vivificantem, et ideo Christus habuit potestatem vivificandi (1).

La vida que Cristo, como *Espíritu vivificador*, comunica a su descendencia es principalmente una *vida sobrenatural, espiritual y gloriosa*, semejante a la que él disfruta después de la resurrección. *Vida sobrenatural*, porque a ella le toca levantar al hombre por encima de la vida natural y reparar sus deficiencias, ora absorbiendo lo que ésta tiene de mortal y caduco en los que se hallen vivos al ser sobrenaturalmente transformados, ora reanimando por prodigiosa manera los miembros exánimes, corrompidos y tal vez dispersos, para que vivan con más excelente vida aquellos que ya hubiesen muerto. *Vida espiritual*, porque todos los que participen la vida gloriosa del segundo Adán dejarán de ser psíquicos y vivirán de la vida del espíritu a cuya condición ha de ser acomodado el mismo cuerpo, transformado en espiritual. *Vida gloriosa*, porque libertará a los justos de todas las miserias que padecen en su condición de mortales y los hará en todo semejantes a la gloria y a la inmortalidad de su cabeza.

Esta vida comienzan a participarla los que proceden de Cristo desde que son injertados en El por el bautismo y la justificación; pero no se manifestará en toda su magnificencia y hermosura hasta que llegue la transformación gloriosa. Esta es la razón por qué San Pablo, al decir que Cristo es espíritu que vivifica, se refiere, sobre todo, a la vida gloriosa que comunicará a los suyos el día de la resurrección, aunque es indudable que dentro de la potencia vivificadora del Redentor comprendía también la vida espiritual y sobrenatural con que ya en este mundo viven los redimidos que por la fe y el bautismo se unan a El. Y basten por ahora estas indicaciones, pues no es de este lugar la descripción completa de Cristo glorioso como fuente de la vida sobrenatural de los justos (2).

(1) In I. Cor., XV., lect. VII.

(2) No es posible dejar de decir dos palabras sobre la célebre fórmula de San Pablo: *El Señor es el Espíritu ó δὲ κύριος τὸ πνεῦμά ἐστιν* (2 Cor., III, 17), de que tanto han abusado ciertos autores para negar la realidad del cuerpo material de Jesucristo resucitado. Es indudable que por la palabra *κύριος* se designa la persona de Cristo y es también cierto que de la misma persona de Cristo se dice que es el Espíritu, *το πνεῦμα*. ¿Pretende el Apóstol con esta expresión definir la naturaleza de Cristo glorioso? La respuesta negativa parece clara con sólo atender a lo que significa la palabra *espíritu* en este sitio. Ha

Completa San Pablo la descripción del Nuevo Adán, diciendo que es *hombre del cielo y celestial*. Dos datos nos da el mismo Apóstol para determinar el significado de este calificativo, aplicado a la persona de Jesucristo. El primero es la antítesis que establece entre el primero y el segundo Adán. El primer Adán, cabeza de la humanidad que muere, es *terreno* por su naturaleza y por su origen, puesto que es de tierra y procede de la tierra. Por tanto, cuando dice que el segundo Adán, cabeza de la humanidad inmortal, es celestial, querrá también significar su naturaleza y su origen, y querrá decir que su ser es de índole superior a todo lo terreno y tiene su origen en los cielos.

Como antes hemos demostrado, San Pablo tiene presente en todo este pasaje a Cristo resucitado, y de Cristo resucitado dice que es hombre celestial; pero su mente no se limita a lo que añade la transformación gloriosa, sino que abarca la persona entera del Nuevo Adán con todas sus prerrogativas. Al llamarle, pues, hombre del cielo significa su naturaleza divina, que le eleva infinitamente sobre todo lo terreno; significa los dones del Espíritu Santo, que descansa en su alma como en su propia morada, y significa también la gloria de su cuerpo maravillosamente transformado y ensalzado sobre las condiciones naturales de su estado primero. Todas estas cosas describen la naturaleza y el estado glorioso del Nuevo Adán como opuesto al Adán terreno, y por todas ellas puede ser llamado hombre celestial.

Si su naturaleza y sus prerrogativas están por encima de todo lo terreno, evidente es que su origen no puede estar en la tierra; del cielo procede, no sólo su divinidad y los dones sobrenaturales que enriquecen su alma, sino también el cuerpo, en que, después de la resurrección, muestra su gloria. Este origen del cuerpo glorioso quiso muy especialmente significar San Pablo con aquel inciso: *el segun-*

expuesto San Pablo dos sistemas o dos economías distintas y hasta contrarias entre sí, en algunos puntos: el sistema o la economía de la Ley mosaica y el sistema o la economía de la Ley evangélica. En el primero domina la letra (de la Ley) que mata; en el segundo, el Espíritu (de Cristo), que vivifica. El primero está representado y como simbolizado en Moisés, por el cual se comunicó a los judíos, y así hubiera podido decir el Apóstol: *Moisés es la letra*. El segundo, está representado en Cristo de quien procede, y en este sentido dijo San Pablo: *El Señor (Cristo) es el Espíritu*. Se significa, pues, en esta fórmula a Cristo como símbolo de toda la economía evangélica, gobernada y dirigida por el espíritu de Cristo que todo lo vivifica; pero no se pretende en manera ninguna definir el estado de Cristo glorioso, ni menos de negar la realidad de su cuerpo material.—Puede verse una amplia discusión del texto en Prat, *Theologie de S. Paul*, vol. II, pág. 522. sig.

do hombre es del cielo. Contrapone el cuerpo de Cristo resucitado al cuerpo de Adán corruptible; a éste le llama *terreno, porque procede de la tierra*; y aquél dice que es *del cielo, porque procede del cielo.* Así lo prueba el segundo de los datos que dijimos nos proporciona el Apóstol para determinar el significado de la palabra *celestial*. Es un pasaje que parece no han apreciado suficientemente los autores que tratan este punto; pero, a nuestro juicio, es del todo concluyente. En la segunda epístola a los Corintios habla del cuerpo glorioso como de una casa eterna, significada por todas estas fórmulas casi sinónimas:

*Aedificatio ex Deo
Domus non manu facta
Domus aeterna in coelis
habitatio nostra quae de coelo est (1).*

Si comparamos estas maneras de hablar con las que usa en la primera epístola a los Corintios,

*Secundus homo de coelo...
qualis coelestis...
portemus et imaginem coelestis (2),*

y tenemos presente que en ambos pasajes se trata con preferencia, aunque no exclusivamente, del cuerpo resucitado en oposición al cuerpo mortal y corruptible, convendremos fácilmente en que el cuerpo glorioso de Cristo es *del cielo y celestial*, en el mismo sentido en que el cuerpo glorioso de los fieles es *casa eterna en el cielo y habitación del cielo*. Ahora bien; es evidente que el cuerpo glorioso de los justos es casa del cielo y casa celestial, porque es obra exclusivamente de *la mano todopoderosa de Dios, supera en excelencia al cuerpo corruptible*, y servirá al alma de morada permanente por toda una eternidad bienaventurada. Podemos, pues, justamente concluir que el cuerpo de Cristo glorioso es del cielo y celestial, por ser obra singularísima de la virtud del Padre, por haber adquirido en su transformación cualidades mucho más excelentes que las que tenía en su estado mortal y por estar destinado a ser morada digna y eterna del alma excelentísima del Hijo de Dios. Ahora se comprende que Jesucristo sea, de un modo especialísimo después de resucitado, *hom-*

(1) 2 Cor., V, 1-2.

(2) 1 Cor., XV, 47-49.

bre celestial, pues entonces fué elevado sobre las condiciones terrenas lo único que parecía menos proporcionado a su dignidad y a su gloria. La divinidad era, por su propia esencia, cosa del cielo; el alma fué, en el momento mismo de la encarnación, levantada por el Espíritu Santo sobre todo lo creado; pero el cuerpo, a pesar de la unión hipostática, quedó aún sujeto a las flaquezas y ruindades de los demás cuerpos *psíquicos* y apareció ante todos los hombres como un cuerpo *terreno* hasta que murió en la cruz y fué puesto bajo la losa sepulcral. Era menester la fuerza transformadora de la resurrección para que aquel cuerpo dejase de ser psíquico, se convirtiese en espiritual, y el Salvador comenzase plenamente a ser hombre celestial (1). Con aquel hecho quedó constituido *modelo* y ejemplar de cuantos han de ser glorificados y *espíritu vivificador* que comunica a cuantos se unan a El la vida transformadora, incoada por la justificación en el Bautismo y consumada en la resurrección.

VI

SENTADO A LA DIESTRA DE DIOS

Con la resurrección entró la humanidad de Jesucristo en un orden de cosas superior a todo lo visible y, dentro ya de ese orden superior, obtuvo el último grado de gloria cuando por la virtud divina del Padre fué *asentado a la diestra de Dios en los cielos* (2), o como dice la epístola a los Hebreos, *se sentó a la derecha del trono de la grandeza en los cielos* (3). San Pablo se complace en contemplar y hacer-nos contemplar el trono que el Salvador ocupa al lado del trono de Dios y *por encima de todos los Principados y Potestades y Virtudes y Dominaciones y de todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el siglo venidero* (4).

(1) Sin duda puede llamarse Cristo hombre del cielo y celestial, porque en el cielo tiene ahora su morada y porque del cielo vendrá a juzgar, como del cielo vino para la Encarnación; pero no parece que tienda a significar esto San Pablo, al menos de una manera directa y principal. Los que han querido ver en las palabras del Apóstol indicadas la preexistencia de Cristo con un cuerpo celeste, no sólo carecen de todo fundamento, sino que contradicen claramente al texto, ya que en ese caso el hombre celeste no sería el *segundo* sino el primero.

(2) Ephes., I, 20.

(3) Hebr., VIII, 1.

(4) Ephes., I, 21. Cuando San Pablo dice que Cristo fué *constituido a la diestra de Dios en los cielos* nada determina sobre el lugar material en que Cristo vive glorioso. Por la narración de los *Hechos Apostólicos* (I, 9-10), sabemos que en su Ascensión se levantó sobre el suelo y subió por el aire atmosférico, por lo menos hasta que la nube le ocultó a la

Cuando los Reyes y Príncipes sentaban a uno a su derecha, daban con eso a entender que le hacían partícipe de su mismo honor y gloria (1). Según el Salmo 109, que con tan definidos rasgos describe la imagen del Mesías como Rey y como Sacerdote, éste es el honor verdaderamente divino que hace Dios a su Ungido: primero se oye la voz de Jehová que le manda sentarse a su derecha (v. 1) y después el mismo Jehová se pone a la derecha del Mesías (v. 5).

San Pablo, que no sólo tuvo presente este Salmo, sino que a veces parece evidentemente haberse inspirado en él (2), puso decidido empeño en hacer entender a los fieles que el Redentor fué exaltado, después de la resurrección, a un grado de honor y de autoridad verdaderamente divino. Y para que nadie creyese que era esta una distinción reservada a la divinidad, nos describe de tal manera la exaltación, que todos entiendan que entra también a participar de los honores divinos la misma humanidad. Según la epístola a los Efesios, la humanidad, que es resucitada por la virtud soberana de Dios, es después colocada a la diestra del mismo Dios y ensalzada sobre todas las jerarquías celestiales (3); y según la epístola a los Romanos, el mismo que murió y resucitó está sentado a la diestra de Dios e intercede por nosotros (4).

El estar sentado a la diestra de Dios concede a Jesucristo, no sólo honores divinos, sino también un poder y una autoridad de verdadero dominio que merece más detenida consideración. Ahora baste lo dicho para reconocer que Jesucristo resucitado y glorioso en cuerpo y espíritu quedó en el día de su Ascensión constituido en el estado de gloria y de majestad que eran debidos a su naturaleza divina y a los méritos adquiridos en el desempeño de la misión que su Padre le había encomendado.

F. ALONSO BÀRCENA.

vista de los discípulos. Este es, evidentemente, el sentido obvio de la narración de San Lucas. Pero de aquí no podemos pasar, porque el texto nada nos dice sobre el lugar a donde Jesús fué trasladado. Cuando escribe San Pablo que está sentado *en los cielos*, usa el lenguaje vulgar, sin pretender definir si el lugar en que está el trono de Cristo es o no diferente del cielo atmosférico o sidéreo. Lo único que nos consta es que está presente a Dios donde se manifiesta su Majestad y su Poder. (Cfr. Mangenot, *La Resurrección de Jesús*, Append. II).

(1) I Reg., II, 19.

(2) Cfr. I Cor., XV, 25.

(3) Ephes., I, 19-22.

(4) Rom., VIII, 34.